

# El cura de Ars el mensajero del perdón

Ángel García Moreno



Directora de la colección: M.<sup>a</sup> Mercedes Álvarez

© 2012, by Ángel García Moreno y Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

[www.editorialcasals.com](http://www.editorialcasals.com)

[www.bambulector.com](http://www.bambulector.com)

Diseño de cubierta: Bassa & Trias

Fotografías: Aisa, Album, Aci y Padre Jordi Rivero (catolico.org)

Mapas: Farrés, il·lustració editorial

Primera edición: abril de 2012

ISBN: 978-84-218-5079-4

Depósito legal: B-6852-2012

Impreso en Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

*Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.con-licencia.com](http://www.con-licencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# Índice

<b>1</b>	<b>Un verano muy caluroso</b>	<b>5</b>
<b>2</b>	<b>Revolución y terror</b>	<b>7</b>
<b>3</b>	<b>Errantes sin techo</b>	<b>11</b>
<b>4</b>	<b>En los campos de Dardilly</b>	<b>17</b>
<b>5</b>	<b>La decisión más importante</b>	<b>25</b>
<b>6</b>	<b>El padre Balley</b>	<b>33</b>
<b>7</b>	<b>Refugio en las montañas</b>	<b>39</b>
<b>8</b>	<b>Búsqueda y represalias</b>	<b>45</b>
<b>9</b>	<b>El seminarista que no aprendía latín</b>	<b>53</b>
<b>10</b>	<b>Difícil recorrido</b>	<b>57</b>
<b>11</b>	<b>En la soledad de una capilla</b>	<b>63</b>
<b>12</b>	<b>Aprendiendo a ser cura</b>	<b>67</b>
<b>13</b>	<b>El camino del cielo</b>	<b>73</b>
<b>14</b>	<b>La vida en un rincón de Francia</b>	<b>81</b>
<b>15</b>	<b>Sin tabernas</b>	<b>89</b>
<b>16</b>	<b>El precio de una danza</b>	<b>97</b>
<b>17</b>	<b>La tempestad de la calumnia</b>	<b>103</b>
<b>18</b>	<b>Inquietud interior</b>	<b>109</b>
<b>19</b>	<b>La Providencia</b>	<b>113</b>
<b>20</b>	<b>El catecismo</b>	<b>121</b>
<b>21</b>	<b>La «hija de la luz»</b>	<b>125</b>
<b>22</b>	<b>Espinas entre rosas</b>	<b>129</b>
<b>23</b>	<b>La peregrinación</b>	<b>135</b>
<b>24</b>	<b>En el confesionario de Ars</b>	<b>141</b>
<b>25</b>	<b>Las visitas del Bellaco</b>	<b>149</b>
<b>26</b>	<b>El don de ver el futuro</b>	<b>157</b>
<b>27</b>	<b>La huida</b>	<b>165</b>

<b>28</b>	<b>Más renunciadas</b>	<b>171</b>
<b>29</b>	<b>Un regalo en venta</b>	<b>175</b>
<b>30</b>	<b>La chiquillada</b>	<b>181</b>
<b>31</b>	<b>La Legión de Honor</b>	<b>187</b>
<b>32</b>	<b>Con bromas y buen humor</b>	<b>193</b>
<b>33</b>	<b>Una pequeña cruz de madera</b>	<b>199</b>
<b>34</b>	<b>El final de la carrera</b>	<b>205</b>
<b>35</b>	<b>Hacia la eternidad</b>	<b>209</b>
<b>36</b>	<b>«Amad mucho a vuestros sacerdotes»</b>	<b>213</b>
<b>37</b>	<b>Mensajeros de esperanza, reconciliación y paz</b>	<b>215</b>

## Un verano muy caluroso

El mes de julio de 1859 fue muy caluroso en Francia. Las numerosas personas que habían acudido de todo el país para confesarse con el cura del pequeño pueblo de Ars tenían que salir frecuentemente de la iglesia para escapar de la agobiante atmósfera del templo y respirar el aire del exterior.

Dentro de la pequeña iglesia, el Cura de Ars llevaba varias horas en el confesonario. Estaba completamente desgastado por los años, los sacrificios y el trabajo. Ese día, además, tenía una fiebre bastante alta. Su piel estaba muy pálida y su cara mostraba unos profundos surcos. En ese rostro destacaban unos ojos azules de los que brotaba una mirada suave, viva y profunda.

Unas horas después, al entrar en su casa junto a la iglesia, el Cura de Ars sintió que su cuerpo ya no le respondía. Llegó a la escalera que llevaba a la segunda planta, donde estaba su dormitorio, e intentó dar un paso para subir el primer peldaño pero le fallaron las fuerzas y se desmayó. El hermano Jerónimo, que estaba con él, le cuidó con cariño y le acompañó a la habitación. Allí le ayudó a acostarse.

Juan Bautista María Vianney, conocido como el Cura de Ars, no solo en su pequeña parroquia sino en toda Francia, tenía setenta y tres años, de los cuales había pasado cuarenta

y uno en aquella aldea hasta entonces desconocida. Había llegado a Ars dos años y medio después de haber sido ordenado sacerdote.

La noticia de su extrema gravedad trascendió al pueblo, y vecinos y forasteros acudieron a la puerta de su casa para acompañarle desde el exterior. El sonido de una campanilla les avisó de que su querido párroco estaba dando la última bendición a un grupo de vecinos a los que se había permitido la entrada en la habitación. Los que permanecían fuera se arrodillaron en silencio para recibir también esa bendición.

Allí estaba Antonio Givre que, cuarenta años antes, cuando era un pequeño pastor, se había encontrado a don Juan María Vianney perdido en el campo cuando por primera vez se dirigía a Ars. Antonio le había indicado el camino hacia la aldea y tenía presente en la memoria la respuesta que había recibido: «Amigo mío, tú me has enseñado el camino de Ars; yo te enseñaré el camino del cielo».

Ars lloraba ahora. Sus vecinos sabían que se iban a quedar huérfanos como también se quedarían huérfanas las miles de personas que cada año acudían a su confesonario para encontrar consuelo, consejo, perdón y paz.

Nadie podrá contar nunca las veces que don Juan María había tenido que levantar su mano derecha para hacer el signo de la cruz mientras pronunciaba las palabras de la absolución de los pecados, palabras de amor y perdón para reconciliar al hombre con Dios: «Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...».

## 2 Revolución y terror

Juan María Vianney<sup>1</sup> había nacido el 8 de mayo de 1786 en el pueblo de Dardilly, localidad cercana a Lyon, la segunda ciudad más importante de una Francia sumida, en aquel entonces, en una profunda crisis económica. Fue el cuarto de los seis hijos que tuvieron el agricultor Mateo Vianney y su mujer, María Beluse.

A los tres años de su nacimiento tuvo lugar en Francia un acontecimiento que cambiaría la historia del mundo. El 14 de julio de 1789, una multitud de parisienses asaltó la prisión de la Bastilla para conseguir las armas que se custodiaban en su interior. Fue el comienzo de la Revolución francesa, que muy pronto se transformaría en un régimen de terror. La religión se convirtió en una actividad perseguida por las autoridades y solo se podía practicar en la clandestinidad.

—Padre, ha llegado monsieur Vincent —dijo el pequeño Juan María después de abrir la puerta.

Mateo Vianney intercambió unas palabras con el recién llegado y cuando este se marchó, se dirigió a su mujer:

---

1. El nombre de Bautista se lo añadió Juan María Vianney en su confirmación, tal como se relata más adelante.

—Tenemos que irnos ya. Esta vez la granja está un poco lejos y está anocheciendo.

Mateo y María advirtieron de nuevo a los niños:

—Ya lo sabéis, ni una palabra, ni un ruido. Iremos todos muy juntos para que los más pequeños no se pierdan.

La familia Vianney salió por el camino principal que pasaba por su casa para internarse después en uno de los senderos que bordeaban los campos cultivados.

El régimen de terror en el que se había transformado la Revolución francesa estaba en pleno apogeo de sangre. Las ejecuciones en la guillotina no cesaban un momento y el odio recaía con especial intensidad sobre sacerdotes, religiosos y religiosas, entre los que hubo numerosos mártires.

Solo un grupo de sacerdotes podía llevar una vida sin temor. Eran los llamados *juramentados*, que recibían este nombre por haber jurado la constitución civil del nuevo régimen revolucionario. Con ellos, el gobierno había creado una Iglesia separada del Papa. Sin embargo, otra parte del clero se había manifestado a favor de su ministerio sagrado y obediencia a Roma, aun a costa de su vida. Se les conocía como los *refractarios*. A ellos se unieron con el tiempo muchos de los juramentados que, arrepentidos por su decisión, volvieron al seno de la Iglesia católica.

Los sacerdotes perseguidos vivían escondidos, pero aun así continuaban administrando los sacramentos y ocupándose de sus fieles cristianos desde la clandestinidad. Una denuncia, una sospecha o una traición suponía para ellos la cárcel y la ejecución inmediata. Para los fieles católicos que participaban en las ceremonias, los castigos eran también muy severos.

La familia Vianney conocía el riesgo y por eso aquel día se dirigió con sigilo, pero también con decisión, a una granja de los alrededores.

—Pasad —les animó una mujer que se encontraba delante del granero con un farol en la mano.

Dentro había muchos conocidos, entre ellos familias enteras de los alrededores. El lugar estaba escasamente iluminado. Mateo y María Vianney saludaron con afecto a todos los reunidos, cuyos rostros reflejaban preocupación y miedo, aunque también serenidad.

La familia Vianney había llegado con cierta antelación y pudo ver al sacerdote en una esquina del granero terminando de confesar. Después se revistió con unos ornamentos viejos y gastados, y sobre una mesa que hacía las veces de altar, comenzó la celebración de la misa.

Juan María, a pesar de su corta edad, siguió la ceremonia con atención, fijándose en el sacerdote. Parecía mayor y en su rostro se reflejaba el dolor, el cansancio y las privaciones. Sin embargo, había algo que infundía paz y confianza.

Terminada la misa, el sacerdote salió del granero, atravesó la granja y se dirigió a uno de los caminos secundarios perdiéndose en la oscuridad. Tras él, poco a poco, se fueron marchando los fieles.

La familia Vianney regresó a su casa en silencio. Los niños estaban muy cansados, pero de vez en cuando, la voz de su madre —la misma que les había enseñado sus primeras oraciones—, les animaba a seguir.

La noche lo envolvía todo, pero, a medio de camino, María Beluse, madre de Juan María, pudo distinguir a lo

lejos la silueta de la iglesia de Dardilly. Ahora estaba cerrada porque el último párroco que había estado allí había tenido que irse. Era un sacerdote juramentado que había sido enviado por las autoridades políticas y que se había encontrado con que los cristianos de Dardilly se habían negado a participar en sus ceremonias.

Al acercarse a su granja, un escalofrío recorrió el cuerpo de Mateo Vianney, que se quedó paralizado junto a su esposa. María se dio cuenta de que algo malo sucedía y, tras rodear instintivamente con el brazo a sus hijos, los escondió uno a uno detrás de los árboles que crecían al borde del camino.

# 3

## Errantes sin techo

—¿No oyes voces? —susurró Mateo Vianney a su mujer.

—¿Quién será a estas horas? —se preguntó María.

La luz del único farol que había quedado encendido en la puerta de la casa de la familia Vianney proyectaba las sombras de algunas personas. «¿Nos habrá denunciado alguien?», pensó Mateo mientras se acercaba a la vivienda.

No tuvo tiempo de responderse porque una de las figuras se le acercó. Era un hombre de algo más de treinta años al que las marcas en la cara, el pelo largo y sucio y la falta de algunos dientes hacían parecer mayor. Más que ropa llevaba harapos y los zapatos eran unas meras suelas sujetas con cuerdas al tobillo.

Detrás de él salieron otras personas, igualmente harapientas. Había varias mujeres con niños pequeños.

—¿Monsieur Vianney? —preguntó el desconocido.

—Soy yo —respondió Mateo.

—Venimos en busca de comida y de un techo para esta noche. Nos han dicho que usted nos lo puede proporcionar.

—¿Y quién os lo ha dicho?

—Un pequeño que encontramos en el camino nos indicó que en esta casa.